

Huayco

Tenía catorce años cuando la laguna se desbordó de nuevo. Quedaba en lo alto de los cerros, en el límite más remoto de nuestro distrito. Como ocurría con todo lo bello de nuestra zona, nadie la había visitado jamás. Llovió fuerte más allá, en los cerros, pero por nuestro barrio nada, solo densas nubes que anunciaban el inminente huayco. Luego vino el agua. Bajó por la avenida, dejando las aceras lustrosas a su paso y arrastrando consigo basura, piedras y barro a través de la ciudad, con dirección al mar. Era el primer huayco desde que enviaron a Lucas a la Universidad: ya había pasado uno de sus cinco años de condena por agresión. El barrio se oscureció y salimos corriendo a la avenida para verlo: era una especie de milagro, una cinta de agua reluciente ocupaba el lugar de la calle. Había algunos automóviles viejos estacionados. Sus faros brillaban. Los perros callejeros corrían alrededor de nosotros ladrande frenéticamente al agua, a la gente y al circo que se había armado. Todos habían salido a la calle, incluso los choros. La gente iba descalza y sin polo. Empujaban tierra con las manos y formaban un dique de barro y piedras para contener el agua. Del otro lado de la avenida, los chicos de Siglo XX

nos miraban como si quisieran algo. Ellos trabajaban en su lado y nosotros en el nuestro.

“Chequéalos”, dijo Renán. Era mi mejor amigo, el hermano menor de Lucas. En Siglo XX aún había electricidad. Mi odio por ellos tenía el sabor de la sangre. Me hubiera gustado incendiar por completo su barrio. Ya no nos respetaban sin Lucas. Nos golpeaban con palos y tubos. Nos llenaban la boca de arena y nos obligaban a cantar el *Himno Nacional*. La semana anterior, los de Siglo XX encontraron a Renán esperando un bus en su lado de la avenida. Le robaron la gorra y las zapatillas, y le dejaron el ojo morado y tan hinchado que apenas podía ver.

Los buses subían jadeantes el cerro, a contracorriente, haciendo sonar sus bocinas con violencia. Los hombres movían tablones de madera y apilaban ladrillos y bolsas de arena, pero el agua no cesaba de correr. Volvió la electricidad, y con ella apareció una estela de luces iluminando la larga pendiente que conducía al centro. Todos se detuvieron durante un momento para escuchar el rumor del agua. La piel grasosa de la avenida brilló de anaranjado, y alguien dio un grito de alegría.

En la penumbra, Renán vio a uno de los chicos que lo había atacado. Solo tenía un ojo bueno, el otro seguía hinchado. “¿Estás seguro?”, le pregunté.

Eran tan solo siluetas. El huayco lamía nuestros tobillos, y el trabajo era intenso. Renán rechinaba los dientes. Tenía una piedra en la mano. “Sujétala”, dijo.

Sentí su peso y se la pasé a Chochó. Todos estuvimos de acuerdo con que era una buena piedra.

Renán la arrojó por sobre la avenida. La vimos desaparecer mientras Renán imitaba el silbido de una bomba cayendo desde el cielo. Nos reímos. No la vimos aterrizar.

Fue entonces que los de Siglo XX cruzaron corriendo la avenida, media docena de ellos. Eran chicos

malvados. Vinieron directamente a nuestro dique y lo destrozaron. Era una misión suicida. Nuestros viejos los golpeaban, y también los choros. Los brazos se agitaban en la tenue luz, mientras los de Siglo XX intentaban escapar. Pero entonces llegó todo su barrio, y luego el nuestro, y nos dejamos llevar por la intensidad de la pelea, esa urgencia inexplicable, esa droga. Salimos en tropel a la avenida y luchamos como hombres, junto a nuestros padres y hermanos, contra sus padres y hermanos. Era todo un carnaval. Empuñaba mis manos con firmeza y las miraba con respeto. Molí a golpes a uno de los chicos mientras Chochó lo sujetaba. Los brazos de Renán giraban como aspas de helicóptero, y en su rostro tenía una sonrisa permanente, maniática. Les dimos unos buenos golpes y recibimos otros, mientras en nuestro interior nos jurábamos que era por estas cosas que valía la pena vivir. ¡Si Lucas nos hubiera podido ver! El agua se colaba por nuestro dique destrozado, pero no nos importaba. No podía importarnos. Estábamos ciegos de felicidad.

La llamábamos la Universidad porque era el lugar adonde ibas luego de terminar el colegio. En ella había dos tipos de prisioneros: terroristas y delincuentes. Los terrucos obedecían a comunicados clandestinos e ideologías extrañas. Cada mañana se reunían en el patio y hacían ejercicios físicos como los militares. Cantaban canciones de guerra todo el día y provocaban a los jóvenes guardias. La guerra ya duraba más de diez años. Cuando les llegaban noticias de un ataque exitoso en alguna parte de la ciudad, todos los terrucos celebraban.

Lucas tenía más de delincuente, y se comportaba en formas que eran más fáciles de entender. Un chico de Siglo XX recibió una buena paliza y alguien dijo que

había visto a Lucas corriendo por la avenida hacia nuestra calle. Fue suficiente para que le dieran cinco años. Ni siquiera había matado a nadie. Como había servido en el Ejército, le redujeron la sentencia. Antes de irse, nos hizo prometer que le daríamos el alcance cuando tuviéramos edad suficiente. “Es lo mejor que pude haber hecho”, dijo. Hablábamos despreocupadamente de todas las cosas que haríamos cuando lo soltaran, pero lo cierto es que nuestra calle se sentía vacía sin él. La gente nos llamaba Los Diablos Jr., porque todos éramos chibolos. Sin Lucas, los choros casi no nos tomaban en cuenta, excepto para llevar paquetes al Centro, pero solo ocasionalmente.

Solo sus familiares podían ver a los prisioneros, pero, en la primera visita, casi un año antes del huayco, fuimos junto con Renán. Para acompañarlo, supongo, o para mirar fijamente aquellos elevados muros. No teníamos otros hermanos mayores además de Lucas, no respetábamos a nadie como a él. Sentíamos que Renán era un suertudo: él podía decir que compartía la misma sangre de Lucas.

La Universidad estaba clavada entre dos cerros pelados y ennegrecidos, rodeada de densos pueblos jóvenes. La gente de la zona vivía de contrabandear marihuana y cocaína en su interior. Eso lo sabían todos, y por eso era uno de los lugares más seguros de la ciudad en aquel entonces. Chochó y yo esperamos afuera, fumando cigarrillos y mirando el cielo monótono y pálido. Más o menos cada media hora, un guardia nos pedía que nos fuéramos un poco más lejos. Se veía incómodo cargando su arma, asustado. Chochó lo saludó, lo llamó Capitán.

Mientras conversábamos y fumábamos, el cielo se despejó y dio paso a un sol radiante. La tercera vez que el guardia nos pidió que nos alejáramos, Chochó prendió un cigarrillo y se lo ofreció. Así era Chochó, amistoso

a su manera, aunque no lo aparentaba. Lo conocía suficiente como para saber que el silencio lo ponía nervioso.

—Ya pues, amigo —dijo Chochó—. Somos buena gente.

El guardia frunció el ceño. Revisó el cigarrillo con desconfianza y le dio una larga pitada. Luego miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo hubiera visto.

Chochó se protegió los ojos del sol con una mano.

—Nuestro causa está adentro, visitando a su hermano mayor —dijo.

El guardia asintió. Su uniforme lucía como si hubiera pertenecido a su padre: era de un verde destenido y apagado, y le quedaba demasiado ancho en los hombros.

—¿Es un terruco? —preguntó.

—No —respondimos a la vez.

—Esos tipos no merecen vivir.

Ambos asentimos. Era lo que Lucas nos decía siempre.

—Los tenemos agarrados de los huevos —dijo el guardia con indiferencia.

—¿En serio? —preguntó Chochó.

—Lucas estuvo en el Ejército —dije—. Como tú.

—Y está adentro por una pendejada.

El guardia se encogió de hombros.

—Qué se va a hacer.

Nos quedamos callados durante un momento, luego Chochó tosió.

—¿Tu fierro funciona? —preguntó, apuntando al revólver del guardia.

—Claro —murmuró sonrojándose. Era obvio que nunca lo había disparado.

—Cuéntate un chiste, Chochó —dije, para evitarle la vergüenza al guardia.

Chochó sonrió y cerró los ojos por un instante.

—Okey, pero es uno viejo —dijo, mirándonos alternadamente al guardia y a mí—. Hay dos soldados en el Centro. Es casi la medianoche, faltan cinco minutos para el toque de queda, y de pronto ven a un hombre que se dirige a casa corriendo a toda prisa. Le quedan cinco minutos, dice uno de los soldados. Entonces, el otro soldado apunta su fusil y mata al hombre de un balazo.

Sentí que una sonrisa brotaba desde adentro. Bajo el sol, Chochó parecía una piedra negra bien pulida.

—¿Por qué le disparaste?, pregunta el primer soldado. ¡Le quedaban cinco minutos! Es que vive en mi barrio, le responde el asesino. Igual no hubiera llegado a tiempo.

Chochó se rió. Yo también. El guardia sonrió. Apagó su cigarrillo y nos dio las gracias antes de regresar a su puesto, cerca de la puerta de visitantes. Estoy seguro de que hasta nos dijo su nombre, pero no lo recuerdo.

Renán salió un rato después. Se le veía agotado y sin ganas de hablar, pero nosotros queríamos saberlo todo. La espera nos había impacientado.

—Me preguntó si seguían siendo los mismos maricas de siempre, pero le mentí.

—Gracias.

—No quería que se sintiera mal. Después de todo, ustedes nacieron así.

—Anda, huevón.

—Ustedes pregunten, y yo les respondo —murmuró Renán.

—¿Cómo es todo allá adentro? —preguntó Chochó.

Renán encendió un cigarrillo.

—Hay un culo de gente —dijo.

Caminamos en silencio de vuelta al paradero. Esperar allí afuera no le hacía bien a ninguno. Me quitaba la energía, me hacía sentir impotente. A Renán también.

—Mi hermano está aburrido —dijo al fin—. Le faltan cinco años más y ya se aburre como mierda.

—Lo siento —me oí decir.

—Dice que la gente busca bronca solo para pasar el rato.

—Alucina —dijo Chochó.